

Natalia Manur, una heroína decimonónica en pleno siglo XX

Lavinia Similaru

Resumen: Natalia Manur es la protagonista de *El hombre sentimental*, novela publicada por Javier Marías en 1986. La novela plantea el problema del eterno triángulo amoroso, tema predilecto de Javier Marías. No falta el determinismo ambiental, como en las novelas del siglo XIX. La protagonista lleva la vida de las mujeres de antaño, y la tristeza la carcome por dentro. Está sufriendo como Emma Bovary, y como Ana Ozores. La enfermedad de Natalia Manur se llama bovarismo, término utilizado por el filósofo francés Jules Gaultier para describir la frustración conyugal de Emma Bovary.

Abstract: Natalia Manur is the main character of *The Man of Feeling*, a novel published by Javier Marías in 1986. The novel raises the problem of the eternal love triangle, Javier Marías' favourite theme. The environmental determinism is present, as it is in most novels of the XIXth century. The main character leads a life that resembles that of women in the past, and sadness eats her away from the inside. She is suffering like Emma Bovary, and Ana Ozores. Natalia Manur's illness is called bovarism, a term used by French philosopher Jules Gaultier in order to describe the marital frustration of Emma Bovary.

Palabras clave: novela, protagonista, bovarismo, decimonónico, intertextualidad.

Key words: novel, main character, bovarism, XIXth century novels, intertextuality.

Javier Marías publicó *El hombre sentimental* en 1986, novela con un título “decididamente neutro y decimonónico”, según Juan Benet¹.

No sólo el título de esta novela es decimonónico, sino también el tema, y la protagonista. La novela habla del eterno triángulo amoroso, tema predilecto de Javier Marías, presente también en otras de sus novelas, como *Corazón tan blanco*, o *Mañana en la batalla piensa en mí*. O, mejor dicho, es un tema eterno en la literatura: la mujer casada que se enamora de otro hombre. Los ejemplos son innumerables e ilustres, empezando con la famosa Helena de Esparta que hizo estallar la guerra de Troya al ser raptada por el príncipe Paris, cuya historia narra Homero en el siglo VIII a.C. en su *Iliada*. La literatura francesa del siglo XVII nos ofrece a la Princesa de Cleves, heroína de la novela homónima (1678), pero en el siglo siguiente hay tres inolvidables representantes:

¹ Juan Benet, *Ningún terreno clausurado*, en Javier Marías, *El hombre sentimental*, ed.cit., p. 155.

Emma Bovary, Anna Karenina y Ana Ozores, protagonistas de las novelas *Madame Bovary* (1857), *Anna Karenina* (1877), *La regenta* (1884-1885).

Natalia Manur tiene mucho en común con estas famosas antecesoras. Es también una mujer atractiva, elegante, inteligente, bastante joven, casada sin amor e infeliz. La primera vez que la ve el protagonista masculino y al mismo tiempo narrador, adivina que está “aquejada de disoluciones melancólicas” (Marías: 2006, 25). Están en un tren, Natalia Manur duerme, y el tenor puede observarla detenidamente. Como el rostro de la mujer se le niega, estando cubierto por su melena, el narrador contempla su manos (Marías: 2006, 24):

Aparte del movimiento del dedo pulgar, hubo otra cosa que me llamó la atención: no tanto las uñas –firmes, blanquecinas, cuidadas– cuanto la piel que las rodeaba parecía atrocemente mordida o quemada, hasta el punto de que la de los índices –pues era sobre todo la de los índices– se podía decir que no existía y dudar de que hubiera existido jamás. Los bordes de aquellas uñas habían padecido una alteración epidérmica grave que les había dejado como señal un color encarnado y feo, propio de una inflamación, o estaban en carne viva. Pensé que, de ser lo segundo (pues no alcanzaba a distinguirlo bien), aquella era una labor no tanto de los incisivos no vistos de la mujer que dormía y de la niña que había sido cuanto del tiempo mismo, pues la atrofia –y era de eso de lo que parecía tratarse– necesita no menos de la falta de uso y actividad, no menos de la voluntad de supresión sistemática que de la más temporal de las cosas que existen y la que asimismo mejor distrae a las cosas todas de su temporalidad: la costumbre (o su hija siempre tardía la ley, que a la vez es la que anuncia que el tiempo de la costumbre ya va pasando y el fin de la distracción).

En este retrato el narrador lo ha dicho ya todo sobre Natalia Manur: la falta de actividad, la voluntad de supresión sistemática, la costumbre. Todo esto caracteriza a Natalia Manur, a pesar de ser una heroína del siglo XX. Más adelante, el tenor utiliza los adjetivos *melancólica*, *desdichada*, *desquiciada* (Marías: 2006, 48).

En unos días, se enterará de que “su historia o pasado o vida también eran decimonónicos” (Marías: 2006, 88). No falta el determinismo ambiental, como en las novelas del siglo XIX. El marido de Natalia, el banquero belga Jerónimo Manur, afirma haberla comprado hace quince años, y describe los comienzos de su matrimonio de esta manera (Marías: 2006, 122):

Fue una mera transacción comercial, el padre de Natalia se encontraba en la ruina absoluta tras tantos años de gestión incompetente y de despilfarro, y los hijos, Natalia y su hermano Roberto, llegaron a temer que el padre culminara su depresión y su irritabilidad pegándose un tiro o pegándose a su mujer, a la madre de ellos, si sus negocios no salían de nuevo a flote... (...). Fue a Roberto a quien se le ocurrió la idea, quien convenció a su hermana de que me aceptara, de la necesidad urgente de nuestro enlace, de que una alianza inmediata con la potente banca de mi familia era la única solución; y él en persona la llevó a Bruselas, donde muy apropiadamente fue el padrino de nuestra boda, ya que en verdad era él quien me la entregaba a mí.

No sabemos si Natalia es una mujer preparada, si tiene alguna profesión, pero es culta, y tiene buen gusto. A pesar de esto, no se dedica a ninguna actividad, vive visitando, yendo de compras, y acompañando a su atareadísimo marido en cenas de negocios. Lleva la vida de las mujeres de antaño, y la tristeza la carcome por dentro. Está sufriendo como Emma Bovary, y como Ana Ozores. La enfermedad de Natalia Manur se llama “bovarismo”, término utilizado por el filósofo francés Jules Gaultier para describir la frustración conyugal de Emma Bovary. Dato, el hombre contratado por el banquero Manur para que acompañe a su mujer, habla de los *males* de Natalia: “Ella, en cambio, es una lástima. No de aspecto, por supuesto, es muy atractiva y elegante, pero es una persona echada a perder, muy desgraciada. (...) ella, ¿sabe usted?, no ve futuro y se aburre. Ella padece, ella no está nunca contenta, y desde su punto de vista no le faltan motivos”. (Marías: 2006, 49). Los síntomas son inconfundibles: Natalia Manur padece bovarismo, sufre por ver todas sus ilusiones incumplidas, y por no poder soportar la realidad, y la vida sin esperanza. Sus días transcurren entre compras y espectáculos, al lado de Dato, el “acompañante” contratado por el banquero Manur. Éste describe su actividad de esta manera (Marías: 2006, 49):

Yo debo distraerla, procurar que se aburra y padezca lo menos posible, que no le cause demasiados trastornos al señor Manur, que no esté tan descontenta, que se centre en el presente, que no languidezca. Yo le escucho sus lamentos y sus confidencias, la consuelo con mis razonamientos, le pido paciencia en nombre mío y también del señor Manur, le hago ver los pros además de los contras; y la acompaño al cine, a una exposición, al teatro, a la ópera, a un concierto; ella siente predilección por los libros antiguos y las cosas antiguas en general, y yo consulto, estudio larguísimo catálogos de los librerías más distinguidos de París, de Londres, de Nueva York, y le encargo los libros más extraños y más cotizados, ediciones raras y caras, siempre obras que le puedan interesar; y voy con ella a las subastas, donde yo llevo la voz y levanto el dedo o hago la señal convenida y donde compramos no sólo cuadros, sino muebles, estatuillas, vasijas, pisapapeles, alguna alfombra, relojes de pared, abrecartas, cajitas, pisapapeles, grabados, marcos, figuras, todo lo imaginable, todo excelente, todo antiquísimo y de un gusto impecable.

Natalia Manur tiene el alma de la Regenta; sólo que no busca la religión, sino la belleza, no se refugia en las lecturas místicas, sino en el arte.

Natalia conoce al tenor, y éste la hace soñar, a causa de su profesión, y de las historias que le cuenta. Él también ha sufrido mucho durante la infancia y la juventud, y de esta manera el hombre y la mujer descubren que tienen cosas en común. Se enamoran, y podemos decir que Natalia Manur tiene más suerte que sus ilustres antecesoras: ella se enamora de un hombre sensible, que la quiere de verdad, y que está dispuesto a pasar con ella el resto de su vida. Hay algo más: el marido de Natalia la ama también, no es indiferente como Charles Bovary, o don Víctor Quintanar. El banquero Manur espera con paciencia que su mujer le ame un día (Marías: 2006, 123):

Yo estuve siempre enamorado de Natalia Monte, señor, casi desde el primer

momento en que la vi. (...) Llevo quince años esperando a que sea ella la que me ame a mí. Y mientras no exista otra persona, mientras ella no tenga ninguna ilusión y no la quiera nadie más, yo sé que puedo esperar, o al menos ir cumpliendo, un año tras otro, mi viejo propósito de pasar a su lado mi vida entera. Por eso lo que no le consiento a nadie, es ese interés excesivo e irregular en el que usted ha incurrido ya. La mayoría de las mujeres -y algunos hombres extraños también- ama por reflejo o, si lo prefiere, por imitación: ama y desea el amor del otro, como está demostrado y usted sabrá. Por ese motivo me casé con Natalia Monte y salvé a su padre de la ruina absoluta y de la destrucción pese a tener conciencia de que ella se casaba conmigo únicamente con ese fin, o, mejor dicho, porque su hermano Roberto había planeado que fuera esa la salvación.

El banquero Manur ama a Natalia, a pesar de que habla de ella en estos términos: “Mi mujer no es buen negocio, créame que no hay ganancia” (Marías: 2006, 127); “En la mayoría de los matrimonios no se da la circunstancia de que uno de los cónyuges tenga (...) comprado al otro, adquirido en propiedad. Mi mujer me pertenece en el sentido más riguroso de la palabra pertenecer...” (Marías: 2006, 118). Trata de apartar al rival, se le enfrenta, y le pide que deje de ver a su mujer (Marías: 2006, 127):

Tan sólo le cuento esto para que vea cuál es la situación y cuál es mi posición; para que sepa que no estoy dispuesto a permitir que estos quince años hayan transcurrido en vano por un descuido de última hora; para que tenga a bien apartarse desde mañana mismo de mi mujer y alejar de su pensamiento todo este interés excesivo e irregular del cual ya me ha dado anoche demasiada prueba. Yo no soy un marido negligente.

Jerónimo Manur no temía a los hombres enamorados de su mujer; había conocido ya bastantes: “Los que le precedieron en ese interés lo entendieron bien: midieron los obstáculos, calibraron las dificultades, les entró la pereza, bajaron los brazos, se echaron atrás, sólo una vez fue preciso desembolsar una cantidad. Usted debe ser como ellos. No me complique la vida ni se la complique usted.” (Marías: 2006, 127).

Desde este punto de vista, el banquero Manur se diferencia de algunos de los maridos de las novelas decimonónicas, que no se enteran de la existencia de los amantes de sus esposas, y a veces incluso empujan a éstas en brazos de otros hombres. Don Víctor Quintanar en *La Regenta* pide a su mujer que baile con el hombre que ella ama secretamente, sin querer confesárselo a ella misma. La pobre Ana está tan nerviosa, que se desmaya (Alas: 1999, 636):

-Ana, ¡a bailar! Álvaro, cójala usted...

No quería abdicar su dictadura el buen Quintanar; don Álvaro ofreció el brazo a la Regenta, que buscó valor para negarse y no lo encontró.

Ana había olvidado casi la polca; Mesía la llevaba como en el aire, como en un rapto; sintió que aquel cuerpo macizo, ardiente, de curvas dulces, temblaba en sus brazos.

Ana callaba, no veía, no hacía más que sentir un placer que parecía fuego; aquel gozo intenso, irresistible, la espantaba; se dejaba llevar como cuerpo

muerto, como en una catástrofe; se le figuraba que dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza; estaba perdida, pensaba vagamente... (...) En aquel instante Mesía notó que la cabeza de Ana caía sobre la limpia y tersa pechera que envidiaba Trabuco. Se detuvo el buen mozo, miró a la Regenta inclinando el rostro y vio que estaba desmayada. Tenía dos lágrimas en las mejillas pálidas, otras dos habían caído sobre la tela almidonada de la pechera.

Natalia Manur se enamora del cantante, o cree que está enamorada de él, y decide abandonar a su marido. El banquero Manur se pega un tiro, y permanece varios días gravemente herido. Durante su convalecencia, Natalia se arrepiente de haberle dejado, y acude a su lado (Marías: 2006, 147). Siente los mismos remordimientos de la Princesa de Clèves, o de Ana Ozores, por haber provocado la muerte de su marido. Se queda a su lado hasta que fallece.

En realidad, Natalia no se enamora del tenor, sino que “se enamora del amor”, como se suele decir. Igual que sus ilustres predecesoras, ella tampoco será feliz con su amante. Cuatro años serán suficientes para que Natalia se aburra de compartir la vida con el tenor. Vuelven a aparecer los síntomas de su enfermedad (Marías: 2006, 134-135):

Durante las últimas semanas, o tal vez meses (el tiempo es tan fugitivo cuando se está siempre de viaje, y en estos años de convivencia nosotros hemos recorrido el mundo a causa de mi profesión), ella parecía cansada de tanto desplazamiento y asimismo -un poco- de mí. Le habían salido otra vez las ojeras que acentúan su femineidad, y reía menos que de costumbre con sus hermosos dientes que la iluminan, y había vuelto a mordisquearse en exceso (...) los pellejos en torno a las uñas, y los dos dedos índices -sobre todo esos dedos, aunque también los demás- habían vuelto a presentar el aspecto encarnado, infantil y feo de aquella estancia en Madrid. Pero lo que me hacía estar algo más preocupado era la anormal fatiga que la invadía cada vez que llegábamos a un nuevo sitio en el que yo debía cantar. Lo que hace cuatro, y tres, y dos años, lo que hace tan sólo seis meses constituía para ella la fuente del mayor placer parecía haberse convertido en un suplicio soportado sin quejas violentas ni casi expresas, pero -no me cabe duda- con gran dolor. En los últimos viajes no tenía fuerzas ni para deshacer las maletas: todavía la marcha la aguantaba bien, y se mostraba entera e incluso animada durante la provisionalidad extrema de los trayectos; pero una vez que el botones nos había introducido en nuestra habitación ella sentía un agotamiento invencible y caía como fulminada sobre una de las camas de la habitación del hotel. Al cabo de un par de horas de duermevela o atontamiento reunía los suficientes bríos para desnudarse y darse una ducha; luego volvía a echarse, y así, en esta alternancia durante toda la estancia en la ciudad de turno. Ya no quería salir por su cuenta a visitar los lugares (y eso que últimamente habíamos estado en Praga, y en París, y en Berlín) ni asistir a mis ensayos (y eso que últimamente he hecho papeles muy prestigiosos como Eneas, y Pinkerton, y Des Grieux) ni recogerme a su término para ir a cenar en la compañía de colegas ilustres y personas interesantes (y eso que recientemente coincidimos con Anna Telesca, y con el pintoresco

Guillermo, y con el apuesto Jerusalem). Pedía que le subieran las comidas al cuarto, se empeñaba en hablar y en oír solamente español y en definitiva pasaba por las ciudades, que hace no tanto tiempo le entusiasmaba ver y en las que rastreaba con ilusión toda clase de adornos y útiles para nuestra casa, como si sólo existieran de nombre en el billete de avión.

Los dos amantes ya no tienen nada que decirse, viven juntos, pero apenas se hablan (Marías: 2006, 136):

No sé lo que hacía Natalia mientras yo estaba ensayando la ópera o grabando el disco que nos hubieran llevado a donde estuviésemos, pero los pocos ratos que en los viajes más recientes hemos estado juntos en la habitación, ella, tumbada en la cama -a menudo envuelta en una gran toalla por no haber encontrado energía bastante para volver a vestirse después de una ducha-, se limitaba a leer revistas de todo género o dormitaba o bostezaba al menos, y -la televisión siempre puesta, aunque sin sonido para no molestarme en mi estudio y mis prácticas o porque a la postre no le interesaba o no quería oír otro idioma- apenas si respondía con monosílabos a mis comentarios e iniciativas y con la mejilla o la frente a mis efusiones.

Una mañana, el cantante se despierta y observa que ella ya no está: “Esta mañana, al despertarme, en nuestra cama descomunal, con cuatro patas de león ella no estaba y todavía no ha regresado a casa. Puede que no tenga nada de particular (Marías: 2006, 133). Un poco más tarde, el cantante se da cuenta de que Natalia Manur no volverá (Marías: 2006, 133):

En el armario de las maletas faltan dos maletas flexibles y una gran bolsa, y han desaparecido la mayoría de sus pertenencias más íntimas (...). Sin embargo se ha llevado lo que nunca se deja atrás: el cuarto de baño está despejado de casi todas sus cosas y mi cepillo de dientes vuelve a estar solo, como una vez (...) existe la posibilidad de que Natalia Manur me haya abandonado sin decirme nada...

Bibliografía

ALAS, L., “Clarín”, *La Regenta*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.

MARÍAS, J., *El hombre sentimental*, Debolsillo, Barcelona, 2006.